

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Las identificaciones y la pulsión: claves freudianas para el abordaje de la segunda tópica.

Dal Maso Otano, Silvina.

Cita:

Dal Maso Otano, Silvina (2023). *Las identificaciones y la pulsión: claves freudianas para el abordaje de la segunda tópica*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/352>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/UXB>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LAS IDENTIFICACIONES Y LA PULSIÓN: CLAVES FREUDIANAS PARA EL ABORDAJE DE LA SEGUNDA TÓPICA

Dal Maso Otano, Silvina

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Trabajaremos el texto de Freud de 1923, El yo y el ello, para situar cómo se entreteteje el Edipo con la segunda tópica, el tercer dualismo pulsional y la tercera teoría de la angustia. En ese contexto, Freud retoma la conformación del yo en relación a la instancia del ideal del yo, ya planteada en 1914, pero hace un despliegue y una articulación mayor de la dimensión de la identificación y sus consecuencias en la estructura subjetiva y en la clínica psicoanalítica.

Palabras clave

Identificaciones - Pulsión - Segunda tópica

ABSTRACT

IDENTIFICATIONS AND DRIVE: FREUDIAN KEYS TO APPROACH THE SECOND TOPIC

We will work on Freud's 1923 text, The I and the Id, to situate how the Oedipus is interwoven with the second topic, the third drive dualism and the third theory of anxiety. In this context, Freud takes up the conformation of the ego in relation to the instance of the ego ideal, already raised in 1914, but makes a greater deployment and articulation of the dimension of identification and its consequences in the subjective structure and in the clinic. psychoanalytic.

Keywords

Identifications - Drive - Second topic

Las identificaciones y la pulsión: claves Freudianas para el abordaje de la Segunda Tópica^[1]

En esta oportunidad, trabajaremos el texto de Freud de 1923, El yo y el ello, para situar cómo se entreteteje el Edipo con la segunda tópica, el tercer dualismo pulsional y la tercera teoría de la angustia. En ese contexto, Freud retoma la conformación del yo en relación a la instancia del ideal del yo, ya planteada en 1914, pero hace un despliegue y una articulación mayor de la dimensión de la identificación y sus consecuencias en la estructura subjetiva y en la clínica psicoanalítica.

En 1914 Freud afirma que algo tiene que agregarse al autoerotismo para poder pasar a la dimensión de la elección de objeto de amor. Se trata de un nuevo acto psíquico.

En 1923 afirma que:

“...el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman relevo de investiduras del ello, resignadas”^[2].

Veremos que también con respecto al tema de la identificación, Freud oscilará entre proponerla como el paso previo a la elección de objeto, cuando postule la identificación primera, o primaria, y postular a la identificación como el resultado, el resabio o residuo de un lazo amoroso previo, y, en algunos casos coetáneo de la identificación misma.

“Si un objeto sexual es resignado, porque parece que debe hacerlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo, que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía (...) Quizás el yo, mediante esta introyección, que es una suerte de regresión al mecanismo de la fase oral, facilite o posibilite la resignación del objeto. Quizás esta identificación sea en general la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos.”^[3].

Notemos que en ese párrafo Freud parece equiparar, al menos trata como una suerte de sinónimos, los términos: alteración del yo, erección del objeto en el yo, introyección, identificación. Si nos resultara demasiado tomarlos como sinónimos, al menos tenemos que considerar que Freud encuentra un hilo lógico entre ellos.

Más adelante, explicita que el lazo al objeto y la identificación, en algunos casos, pueden coexistir:

“También cabe considerar una simultaneidad de investidura de objeto e identificación, vale decir, una alteración del carácter antes que el objeto haya sido resignado. En este caso, la alteración del carácter podría sobrevivir al vínculo de objeto, y conservarlo en cierto sentido”^[4].

Una vez más, es el estudio de las situaciones que presenta la patología, es decir el padecimiento subjetivo, el que le permite ubicar, como a través de una lente de aumento, cuestiones que son de estructura, más allá de que en algunos casos participe en estados patológicos.

Es así que, el estudio de la melancolía en su texto *Duelo y melancolía* (texto de 1915, publicado en 1917), le permite examinar la estructura de la identificación, especialmente en lo que participa de la constitución de una melancolía.

Se pone de relieve el carácter de incorporación que comporta la operación de identificación, haciendo que se acerque o

se la enlace a la lógica pulsional de la fase oral- canibalística: incorporar. Hacer parte del cuerpo ¿qué?: al otro. Lo habitual es incorporar algún rasgo de ese otro amado o admirado. Esa lógica había sido presentada antes en el ensayo de *Tótem y tabú* (1913) donde Freud trabaja con hipótesis creadas para producir una suerte de paralelismo entre la conformación de la sociedad humana en tanto tal y la estructuración de una neurosis, paralelismo que será retomado en el texto del final de su obra *Moisés y la religión monoteísta* (1938).

Esa incorporación del otro con la representación del canibalismo permite imaginarizar una operación que, no obstante, implica la incorporación del Otro en el sentido de lo simbólico. Freud ubicará que la primera identificación, la primaria, la que sería anterior, lógicamente, a todo lazo amoroso, dará lugar a la instancia psíquica del ideal del yo, es decir de un rasgo que funcionará como modelo para la conformación de la instancia psíquica del narcisismo.

Como lo destacamos antes, en 1914, Freud había afirmado que el necesario distanciamiento del narcisismo primario (que engendra la intensa aspiración a recobrarlo):

“acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde afuera”^[iv].

Destacamos aquí ese “desde afuera”, que da cuenta de la presencia del otro/Otro, del Ideal del Otro, tal como Lacan lo renombra. Pero, no obstante provenir del Otro, de lo simbólico a partir de la transmisión cultural y familiar, será del lado del sujeto donde se producirá la operación de la incorporación. Lo subrayamos para poner de relieve esa tensión y juego de fuerzas, como diría Freud, que da por resultado la estructuración subjetiva: se es objeto de los primeros cuidados, de la libidinización producto del contacto producido por el otro auxiliador (resaltamos de ese contacto no solo lo que hace al tacto sino, especialmente, al contacto de la palabra), dando lugar a esa superficie corporal que funcionará como superficie de inscripción y proyección de las marcas psíquicas, al mismo tiempo que se es “activo”, por así decirlo, al operar la incorporación del ideal propuesto por el Otro (está claro que esa operación puede realizarse o no, lo sabemos siempre a *près coup*, en los indicios que ofrece la clínica).

Ya en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, de 1921, en su capítulo VII La identificación, plantea desde el inicio que: “El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo (...) Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal”^[v].

Freud aclara que, en el caso del varón, esa ligazón afectiva no implica posición pasiva o femenina frente al padre, sino que:

“al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar”^[vi].

Al mismo tiempo que se produce la identificación, también se produce la elección de objeto de amor, siguiendo el tipo del

apuntalamiento, en ese caso el objeto de amor sería la madre. Lo que conviene distinguir, y lo hacemos gracias a los aportes de lectura de Lacan, es la dimensión de la identificación primaria: “...los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues tras este se esconde la identificación primera, y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata (no mediada), y más temprana que cualquier investidura de objeto”^[vii].

Esa dimensión de la prehistoria (antes de la historia) entendemos que designa lo estructural, lo que no depende de la biografía de cada quien, o, en todo caso esa biografía de inscribe sobre los rieles estructurales. Si bien no es sencillo dar mayor argumentación para esa distinción, Freud establece una identificación primera, fundante sobre la que se soportará la función del ideal del yo. Lacan ubicará en esa operación la incorporación de lo simbólico en tanto tal^[viii]. En la afirmación siguiente, se aclara de alguna manera que se juegan dos tiempos en la constitución subjetiva:

“Empero, las elecciones de objeto que corresponden a los primeros períodos sexuales y atañen a padre y madre parecen tener su desenlace, si el ciclo es normal, en una identificación de esa clase, reforzando de ese modo la identificación primaria”^[ix].

Es decir que, la identificación primaria es constitutiva de la estructura subjetiva, en un tiempo fundante, y, en un segundo tiempo posibilitado por la dialéctica edípica, se produce una identificación que refuerza la identificación primaria, pero que es la resultante del desenlace de las elecciones de amor que invistieron a los padres, es decir: secundaria al lazo erótico, amoroso. Es interesante la conceptualización Freudiana de la identificación, ya que la ubica en relación a una ambivalencia también estructural: no sólo se trata de una resolución del lazo amoroso (marcado por la prohibición de la ley) sino que resulta, al mismo tiempo, un modo de resolver la hostilidad que se desprende de la rivalidad:

“...y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo. La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, se trueca el deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto a la madre. A partir de ahí, la relación con el padre es ambivalente; parece como si hubiera devenido manifiesta la ambivalencia contenida en la identificación desde el comienzo mismo”^[x].

Amor y hostilidad, se manifiestan en la identificación. Freud ubica que la disolución del Edipo deja ese saldo identificatorio: identificación-padre o identificación-madre, resulta ser:

“uno de los modos en que la bisexualidad interviene en los destinos del complejo de Edipo”^[xi].

Aquí notamos y subrayamos que la bisexualidad constitucional no responde meramente a la ausencia de instinto e incidencia de la pulsión (es decir: un no saber constitutivo y estructural sobre el sexo) que hace que el objeto y la meta para la satisfacción de la sexualidad humana no esté preestablecida y mucho menos de manera universal, dando cuenta de la más absoluta singularidad. No se trata sólo de eso, de que la multiplicidad de zonas erógenas y modos de satisfacción conforman esa disposición perversa polimorfa que es la sexualidad infantil en tanto suelo común del desarrollo subjetivo posterior. A ello tenemos que sumarle las posibilidades, también múltiples, para las identificaciones con las que se “sale” del Edipo. No sólo puede predominar una u otra (al padre o a la madre) sino combinar rasgos de ambos y de otros significativos para el sujeto. De este modo, el posicionamiento sexuado sólo podrá conocerse *a près coup* de todas esas operaciones psíquicas.

Con esta estructuración de la operación de identificación tenemos los dos tiempos, el de la identificación primaria y el de la salida del Edipo. El Ideal del yo termina de componerse con esos dos tiempos. De algún modo opera en el primero “desde afuera”, es decir desde esa intromisión lógica del otro de los primeros cuidados, con sus deseos pendientes, sus propios ideales, su narcisismo magullado por la castración en búsqueda de una satisfacción compensatoria a partir del hijo, etc... Pero en ese primer momento el efecto del lado del sujeto es la incorporación de lo simbólico en tanto tal (en Lacan eso estará teorizado según los momentos de su enseñanza como nombre del padre o como rasgo unario, lo comentaremos más adelante).

Será en el segundo momento, como saldo del Edipo, que se erigirá el ideal del lado del sujeto conservando su estructura de Ideal del Otro, en términos de Freud, como ideal del yo, en relación al cual el yo del sujeto va sumando identificaciones que lo conforman en tanto tal, lo cual le hace afirmar a Freud que: “...el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto”^[xii].

Retomemos una vez más la referencia a la patología, en este caso, a la melancolía, para ubicar otra vuelta conceptual en relación a esta conformación del yo a partir de la identificación, la cual se sostiene en el Ideal, y su relación con el ello:

“Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación”^[xiii].

Es la lógica ubicada en su texto *Duelo y Melancolía* donde la identificación denominada narcisista constituye el pivote sobre el cual se organiza el delirio melancólico:

“La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto, sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que

servió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular (superyó) como un objeto, como el objeto abandonado. De esta manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo”^[xiv].

El eje del estado melancólico termina de componerse con el supuesto de una fijación en el estadio del narcisismo originario^[xv]. Es decir que la cuestión es que el monto de libido que invertía al objeto regresa al yo y lo sobreinvierte, diluyendo la diferencia entre libido del yo y libido de objeto. Con lo cual podemos deducir que la cuestión no es el objeto en tanto perdido sino la pérdida de la libido de objeto, la pérdida de la diferencia entre objeto y yo. En otro sitio he trabajado en relación a esa lógica otras menciones de Freud a la melancolía tomando la noción de herida abierta en contrapunto a las formaciones cicatriciales de las neurosis de transferencia^[xvi].

Lo que nos interesa resaltar en este punto es que la melancolía ofrece la posibilidad de poner en primer plano el fenómeno de la identificación y su relación con el lazo al otro en relación a la conformación del yo. Es a partir de ello que Freud puede postular el mecanismo de la identificación para la conformación del yo más allá de la patología.

Freud dirá que la melancolía nos ofrece una suerte de modelo de la identificación y, por lo tanto, de la conformación del yo que podría denominarse “normal”. No obstante, destaca la diferencia entre la identificación narcisista que implica una introyección del objeto en el yo, lo cual redundaría en ese aplanamiento libidinal del yo que se exterioriza como delirio de indignidad del yo, y la estructura de la identificación histérica, la cual recorta un rasgo del objeto o de la situación de deseo en relación a la cual se identifica, jugando dicha identificación un papel fundamental en la exteriorización de sus síntomas^[xvii].

Al mismo tiempo, le permite distinguir la incidencia de la relación al ideal para ubicar la situación del yo: sintiéndose cerca del ideal experimentará una satisfacción placentera, sintiéndose lejos del ideal experimentará un malestar que Freud observará e irá teorizando de tal manera que justificará la presentación de esa otra instancia de la estructura psíquica denominada superyó.

Antes de pasar a ese punto, destaquemos aquí una cuestión no menor que Freud extrae de la relación del yo con el ello a partir de su análisis de la estructura melancólica:

“Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: ‘Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...’”^[xviii].

En relación a esa estructura, Freud extrae una serie de consideraciones. Una consiste en ubicar que se produce una trasposición de libido erótica de objeto en una alteración del yo (la identificación). Eso implicaría un camino por el cual el yo podría

“dominar” al ello (lo ponemos entre comillas ya que será el propio Freud el que de manera constante a lo largo de toda su obra ponga de manifiesto el fracaso en el que termina todo intento de dominio) y:

“...y profundizar sus vínculos con el ello, aunque a costa de una gran docilidad hacia sus vivencias”^[xix].

Otra implicancia de esa operatoria sería un efecto de desexualización que tendría consecuencias en relación a la mezcla y desmezcla pulsional que hay que considerar como parte de la estructura desde 1920:

“La trasposición así cumplida de libido de objeto en libido narcisista conlleva, manifiestamente, una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por lo tanto, una suerte de sublimación”^[xx].

Esa “suerte” de sublimación marca la cercanía, pero también la distancia con ese camino de la satisfacción pulsional que no comporta represión. Si bien Freud se pregunta, acto seguido, si no habría que considerar ese aspecto de desexualización en toda sublimación, la que implica, por su parte, un alejamiento de las metas sexuales más directas, entiendo que, referidas a una descarga corporal vía el orgasmo, por ejemplo, ya que la sublimación implica rodeos mayores y la puesta al trabajo de la fuerza pulsional para la creación de objetos nuevos de eventual valor en el lazo social.

La hipótesis de Freud, en este lugar, es que ese pasaje de una búsqueda de satisfacción directa al empleo de la energía pulsional para fines sublimatorios, requeriría el pasaje, previamente, por la investidura del yo, por el narcisismo, y, en este punto, al producirse la trasposición de la libido de objeto (erótica) en libido narcisista (del yo) se suscitara en ese pasaje una desexualización, es decir, una merma del factor erótico con respecto al otro componente de la pulsión, la cara muda, la pulsión de muerte...

Siguiendo estas hipótesis, resulta significativo sostener la pregunta de Freud en lo que se refiere a las operaciones psíquicas que puedan redundar, paradójicamente en una desexualización de la libido, siendo, por otro lado, parte de la actividad “normal” de la estructura...

A lo largo del *Capítulo 3* de este texto, Freud ubica el surgimiento del Superyó, al cual trata como sinónimo del Ideal del yo. Será Lacan quien los distinga ubicando al Ideal del Otro como referencia simbólica mayor para la constitución del narcisismo, en tanto al superyó lo designará como figura obscena y feroz, como imperativo de goce. No obstante distinguirlos, no podemos obviar su conexión lógica. Como enuncia Freud, el yo actual se mide con el ideal, quien hace la cuenta, por así decirlo, y critica y castiga al yo por la distancia, por lo que falta (por estructura) es el Superyó.

En ese capítulo, el superyó nace de la identificación que acompaña el desenlace del Edipo. Según las articulaciones Freudia-

nas que venimos siguiendo, se resignan las investiduras de objeto, investiduras eróticas (a causa de la prohibición que impone la ley, vía amenaza de castración) y eso se hace por una suerte de sustitución: la identificación, incorporación de los rasgos de los objetos amados (como mencionamos anteriormente se produce una suerte de combinación de los objetos de amor significativos, particularmente de los padres). La resultante mayor de esa operación de identificación será el Superyó:

“Así, como resultado más universal de la fase sexual gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones (padre y madre, implicando el Edipo completo^[xxi]), unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o superyó”^[xxii].

Es decir que, si seguimos la lógica planteada por Freud, la identificación primaria, tiene como referencia el Ideal del yo impuesto “desde afuera”, es decir el ideal de los padres, siendo éste el referente simbólico para la conformación del yo, del narcisismo, y, en un segundo momento, pensado desde el punto de vista lógico y no meramente cronológico, la trama y estructura del Edipo permite una salida para la constitución subjetiva del lado de una identificación nueva: la que introyecta la autoridad parental, dando lugar a la nueva instancia psíquica del superyó. Recordemos que esa identificación a la salida del Edipo refuerza, según nos había alertado Freud, a la identificación primaria.

Si seguimos la articulación Freudiana, encontramos, que inmediatamente aclara que la cuestión no es simple, y agrega:

“Empero, el superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, sino que tiene también la significatividad (Bedeutung, ‘valor direccional’) de una enérgica formación reactiva frente a ellas. Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: ‘Así (como el padre) debes ser’, sino que comprende también la prohibición: ‘Así (como el padre) no te es lícito ser’”^[xxiii].

Freud ubica que esa doble faz, algo que lo torna un imperativo imposible de cumplir, (imperativo categórico en palabras de Freud, imperativo de goce en la versión de Lacan) se conecta con el hecho, paradójico, de que resulta de la resolución del Edipo al mismo tiempo que juega un papel en la operación de represión que lo sepulta, asegurando su permanencia en el inconciente. Si bien es paradójica esa doble participación de origen, en lo sucesivo se vuelve más evidente su participación en las represiones secundarias. Es decir que no solo consideramos que la identificación resultante de la disolución del Edipo refuerza la identificación primaria, sino que, al mismo tiempo, la represión que sella ese desprendimiento de las investiduras eróticas de los objetos de amor prohibidos, viene a reforzar la operación fundante de la estructura, la represión primaria, en tanto fundamento del funcionamiento de lo psíquico.

Del imperativo categórico que implica la función del superyó, el cual deviene hipermoral, es decir: sádico y cruel, va a surgir como efecto no meramente la ya conocida conciencia de culpa, conciencia moral o conciencia crítica (versiones anteriores al concepto de superyó que, de algún modo, lo precedieron y prepararon), sino que la parte sustancial de la relación del yo con el superyó pasará por el inconciente. Es así que Freud plantea un sentimiento inconciente de culpa, que luego de examinar su contradicción (ya que los sentimientos se expresan en la conciencia) prefiere llamar *necesidad de castigo*, se torna una de las cuestiones clínicas más difíciles de resolver para el psicoanálisis. Un poco más adelante en el texto, Freud ofrece una suerte de resumen de la complejidad de esta estructura:

“El ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo y, así, expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello. Mediante su institución, el yo se apodera del complejo de Edipo y simultáneamente se somete, él mismo, al ello. Mientras que el yo es esencialmente representante del mundo exterior, de la realidad, el superyó se le enfrenta como abogado del mundo interior, del ello”^[xxiv].

Una vez más, tal vez convenga poner comilla a “apodera”, ya que la operación de identificación que releva la investidura erótica de los objetos, coloca al yo como objeto del ello y del superyó, siendo este último una instancia que asegurará, en tanto formación sustitutiva de la añoranza del padre, implicará el juicio de la propia insuficiencia: queda abierta la puerta para plantear los vasallajes del yo...

Ahora bien, al mismo tiempo esas dos caras de una misma moneda: ideal/superyó, será la bisagra para plantear esa relación intrínseca entre la formación de la estructura subjetiva y la pertenencia del sujeto a un lazo social: no hay sujeto sin lazo a la cultura. Retomando postulados de *Totem y tabú* y *Psicología de las masas y análisis del yo*, que luego serán revisados en su texto *El malestar en la cultura*, Freud hace pivotear esa suerte de banda de Moebius entre el sujeto y el Otro de lo social a partir del ideal y del superyó. Y una de las consecuencias más determinantes será:

“Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales”^[xxv].

Finalmente, el superyó y su mandato insensato, a través de ese mecanismo de identificación, hará que la hostilidad no admitida hacia los semejantes retorne secundariamente sobre el sujeto, dando como resultado todas las manifestaciones del malestar en la cultura que llegan hasta nuestros consultorios psicoanalíticos. Freud subrayará la reacción terapéutica negativa, en tanto: “... sentimiento inconciente de culpa mudo para el enfermo, no le dice que es culpable. Él no se siente culpable sino enfermo. Sólo se exterioriza en una resistencia a la curación, difícil de reducir”^[xxvi].

Es decir que la parte inconciente, la más gravosa, de la relación entre el yo y el superyó se expresará como necesidad de castigo, como necesidad de sostener el padecer subjetivo, porque ese padecer satisface el imperativo de goce, satisfacción paradójica ya que contradice el placer y el bienestar subjetivo.

Lo paradójico se sostiene, en este plano, en el hecho de que la instancia que, instaurada por introyección o identificación con la autoridad paterna, al mismo tiempo hunde sus raíces en el ello, es decir que aboga por la satisfacción pulsional, enmascarándose de imperativo moral. Esa satisfacción pulsional implica, a su vez, las dos caras de la pulsión: la libido y la pulsión de muerte, entendida esta última como la cara muda, la que no se liga a los representantes psíquicos, la que pone de manifiesto el límite del principio del placer. Pero, al mismo tiempo esas dos caras se encuentran en una relación que Freud denomina mezcla pulsional.

Es decir que no encontramos una sin la otra, y cada una hace de límite a la tendencia a la satisfacción que cada una implica. Sin embargo, encontramos distintas proporciones que producen efectos subjetivos diversos manifestados en la clínica.

La libido funcionando a favor de la suma, de composiciones cada vez mayores, produciendo ligadura psíquica, produciendo, por tanto, efecto de sentido. La pulsión de muerte funcionando en tanto ruptura de la ligadura psíquica, limitando la inclinación a hacer pasar el quantum pulsional por las redes del principio del placer que no sólo aspira a la producción del placer, sino que lo hace en pos de la trama psíquica.

La pulsión de muerte viene a poner de manifiesto que no toda la pulsión puede enmarcarse en la ley que supone el principio del placer, dando cuenta de su límite y de ese más allá que designa mediante fenómenos clínicos extremos como el del fracaso de la función del sueño en las neurosis traumáticas, pero también como parte estructural de la actividad psíquica normal como lo es el juego infantil, y, finalmente en el meollo de toda experiencia de análisis: la compulsión de repetición en transferencia.

Ahora bien, en relación a la estructura del superyó, Freud viene a destacar que, por su misma constitución, es decir, por obra de la identificación, como ya lo hemos comentado, se produce una desexualización (lo cual es requerido por la ley que impone la disolución del Edipo), una deserotización, lo cual vendría a propiciar una mayor desmezcla.

En el caso de la neurosis obsesiva Freud va a proponer que la represión de los componentes eróticos es demasiado excesiva (es decir mucho más allá de lo exigible por la ley) y que a ello se suma una predisposición por fijación a un estadio anterior del desarrollo libidinal ubicado en lo sádico-anal, lo cual vendría a sumar en términos de desmezcla, es decir, de menor presencia de componentes libidinales, y, por lo tanto, mayor proporción de la satisfacción impuesta por la pulsión de muerte. La hostilidad se acrecentará en la dimensión de la ambivalencia que forma parte tanto del lazo amoroso como de la operación de identificación misma. El carácter destacadamente sádico y cruel

del superyó será una de las características principales de esa estructura clínica.

En el caso de la melancolía, Freud va a destacar un paso más en la crueldad de esa instancia psíquica: se presenta como una suerte de:

“cultivo puro de pulsión de muerte”^[xxvii].

Si bien es lógica y teóricamente imposible una desmezcla total, la melancolía presenta una situación clínica que hace pensar a Freud en esa hipótesis, ubicando que a menudo, lamentablemente, consigue empujar al sujeto a la muerte efectiva.

Si prestamos atención a una articulación que un poco más adelante en el texto produce en relación a la angustia de muerte, tal vez podamos hacer una lectura que pueda esclarecernos algo más la situación de la melancolía:

“... muerte es un concepto abstracto de contenido negativo para el cual no se descubre ningún correlato inconciente. El único mecanismo posible de la angustia de muerte sería que el yo diera de baja en gran medida su investidura libidinal narcisista, y por tanto se resignase a sí mismo tal como suele hacerlo, en caso de angustia, con otro objeto. Opino que la angustia de muerte se juega entre el yo y el superyó”^[xxviii].

Más allá de la interesante articulación en relación a la denominada angustia de muerte, tal vez esa referencia nos sirva para situar ese efecto de “pérdida del yo” en la melancolía. La deslibidinaización se daría, en tanto quita de libido del yo, como efecto de la identificación narcisista, esto es: identificación total con el objeto perdido, sin resto. Sería el correlato de esa sangría de libido que Freud liga a la idea de una herida abierta^[xxix]. Es decir que, si bien toda identificación comporta cierta cuota de desexualización, como habitualmente implica sólo la incorporación de un rasgo, es decir una parcialidad, no redundaría en una deslibidinaización total del yo; además tenemos que recordar ese resto intransferible a los objetos. Pero en el caso de la melancolía la identificación de la que se trata no es parcial, por eso Freud había utilizado la famosa frase:

“la sombra del objeto cayó sobre el yo”^[xxx].

La cuestión de la pérdida del yo equivaldría a la pérdida de la diferencia entre objeto y yo, en la teorización Lacaniana podrá explicarse por la ausencia de extracción del objeto a que postula para las psicosis^[xxxi]. En el texto de Freud, en la disolución participa el superyó:

“La angustia de muerte de la melancolía admite una sola explicación, a saber, que el yo se resigna a sí mismo porque se siente odiado y perseguido por su superyó, en vez de sentirse amado. En efecto, vivir tiene para el yo el mismo significado que ser amado: que ser amado por el superyó, que también en esto se presenta como subrogado del ello”^[xxxii].

Al respecto Freud agrega que se espera del superyó lo que primero se esperó del padre: protección y salvación frente a los peligros, si eso no sucede:

“Se ve abandonado por todos los poderes protectores, y se deja morir”^[xxxiii].

Esa suerte de desamparo, Freud lo pondrá en línea con la denominada angustia del nacimiento, la angustia de la conciencia moral y la angustia de separación, remitiendo, de este modo, a su texto *Inhibición, síntoma y angustia* de 1926.^[xxxiv]

Si volvemos ahora a la situación del sujeto neurótico con respecto al superyó, encontramos que el yo cae en una situación paradójica.

“Mediante su trabajo de identificación y de sublimación, presta auxilio a las pulsiones de muerte para dominar a la libido, pero cae así en el peligro de devenir objeto de las pulsiones de muerte y de sucumbir él mismo. A fin de prestar ese auxilio, él mismo tuvo que llenarse con libido, y por esa vía deviene subrogado del Eros y ahora quiere vivir y ser amado. Pero como su trabajo de sublimación tiene por consecuencia una desmezcla de pulsiones de agresión dentro del superyó, su lucha contra la libido lo expone al peligro del maltrato y de la muerte. Si el yo padece o aun sucumbe bajo la agresión del superyó...”^[xxxv].

Es decir que, de alguna manera, tenemos la cuestión compleja de la identificación en distintas dimensiones que coinciden o se superponen en esa coyuntura propia del yo que es la de sus vasallajes: el yo se constituye por la identificación, requiere de la identificación primaria para luego tomar al ideal como modelo y, luego, ese refuerzo que termina de constituir al superyó como residuo del complejo de Edipo. La posición del yo es la de incorporar rasgos de los objetos de amor como relevos de los lazos eróticos resignados, de esta manera, mediante la identificación, se ofrece como objeto al ello, y en esa operación interviene, a la vez, el superyó: en tanto formación reactiva contra las colocaciones eróticas de la libido, y, ahora contra las identificaciones que las relevan.

· **Psicología de las masas: el ideal, la masa, el síntoma y el amor por una mujer**

La cuestión de la identificación ya había sido trabajada por Freud anteriormente. Tres identificaciones distingue en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*. Allí enumera Freud una serie que comienza con la primera identificación, al padre, pero en tanto primer lazo libidinal anterior a toda elección de objeto de amor. Es la identificación primaria que dará lugar, luego, a la constitución del Ideal del yo.

Hemos situado antes cómo Lacan lo lee en términos de la incorporación misma del significante. Esto había sido presentado por Freud en su texto *Tótem y Tabú*, donde, según el estilo del relato mítico, la identificación es presentada en términos de incorporación canibalística de un trozo del Otro. Ese fragmento, implica

la parcialidad de la identificación. Implica la incorporación de un rasgo. Lo cual luego será elevado a la dimensión de Ideal, con su espesura de emblema.

La segunda identificación es la relativa a la constitución del síntoma, en tanto extrae un rasgo (el rasgo unario: *einzigiger Zug*) del objeto (puede ser el objeto de amor o el rival), y puede ser coexistente con la elección del objeto de amor o el resultado de su pérdida o resignación.

La tercera es la que deduce de la formación de masa, donde los individuos que la componente comparten en el lugar del ideal un mismo objeto: el líder (persona o idea). Finalmente, una incidencia más del rasgo unario elevado a Ideal.

Nos resulta interesante el análisis que Freud hace de la experiencia de la hipnosis. Ubica que no puede tratarse como sinónimo de sugestión:

“La sugestión es un fenómeno parcial del estado hipnótico”^[xxxvii].

Freud ubica que la hipnosis implica sometimiento masoquista al Ideal. Podemos percibir la fuerza (y la advertencia que implica sobre sus consecuencias) de lo que está leyendo en la coyuntura donde escribe: el despliegue de totalitarismos, especialmente el ascenso del fascismo nazi.

En ese sentido, puede leerse la referencia a la hipótesis darwiniana, que él mismo adoptó en *Totem y tabú*, para ubicar cómo la constitución del sujeto requiere del lazo a otro/Otro, al lazo social, y cómo esa constitución implica la incorporación de la ley, es decir de lo simbólico. Ahora bien, la ley que civiliza, al mismo tiempo genera una suerte de excedente pulsional, el superyo y su empuje a un goce insensato, fuente de lo que denominará, luego, como malestar en la cultura. En el seno de la cultura, del lazo que implica, se constituyen los sujetos que la componen, por decirlo de alguna manera, pero ese lazo deviene en parte fuente de un malestar que implica la satisfacción en la renuncia, en el padecer, llegando esta estructura hasta los límites de la destrucción efectiva del prójimo y de sí, a escala individual y social.

En ese sentido, me parece interesante leer que la estructura ubicada en el mito de la horda primitiva y su protopadre, no valdría tanto como conjetura sobre un origen, en el pasado efectivo y remoto, sino que constituye una lectura de la situación actual, siempre actual, del malestar social humano. La indefectible constitución de un ideal donde sostenerse al nivel del yo de cada uno, como de la comunidad, a la que Freud denomina masa, a partir de un simple rasgo elevado al estatuto de diferencia mayor, lleva a comportarse masoquistamente, tanto en la intimidad de la propia estructura subjetiva como a nivel de la relación con los otros en los agrupamientos cotidianos, y en los extraordinarios también (movimientos de masas, revoluciones, etc.).

Es la estructura de la masa con respecto al ideal (líder o idea) la que da cuenta de la satisfacción (paradojal) de someterse a él, esperando reconocimiento y amor. En ese contexto, Freud

afirma algo más, interesante: el lazo entre los miembros de una masa (pone el ejemplo de un grupo de fanáticos de algún músico, artista) proviene de una envidia originaria. Se renuncia a ella por no poder ser satisfecho el acceso exclusivo al objeto, deseado por los otros también. Con esa renuncia se logra una satisfacción, otra, la que implica una identificación en el amor a ése elevado al estatuto de ideal^[xxxvii]. Freud condensa esta elucidación en un juego de palabras:

“Osemos por eso corregir el enunciado de Trotter según el cual el ser humano es un animal gregario (Herdentier), diciendo que es más bien un animal de horda (Hordentier), el miembro de una horda dirigida por un jefe”^[xxxviii].

¿Quién dijo que Freud no era Lacaniano? ¿o es que Lacan era Freudiano, tal como él mismo lo había afirmado? No hay por qué elegir, no son opciones contrapuestas, nos movemos en la banda de Moebius engendrada por ellos.

Si nos orientamos por una indicación de O. Delgado en su texto *Lo que cae fuera de la serie*, Freud ubica dentro del texto dos alternativas contra el totalitarismo masoquista de la relación del sujeto entregado a las exigencias del ideal, con las consecuencias a nivel singular y colectivas:

“El síntoma y “el amor por una mujer” (en su segunda versión) como envolturas formales de la relación del sujeto con su particularidad del goce. Ambos soportados en la castración, nombrada como no satisfacción plena por obstáculo interno”^[xxxix].

La lógica que puede desprenderse de ello podemos reencontrarla al final del *Seminario 11* cuando Lacan retoma el texto de Freud, para ubicar la relación entre la sumisión al ideal en la hipnosis y la fascinación por la mirada del hipnotizador. Deja entrever una suerte de colapso entre el objeto a, causa de deseo además de ser el objeto parcial que contornea la pulsión para alcanzar la satisfacción, también parcial. En relación a ello, la lógica de la intervención se plantea en sentido contrario:

“¿Y quién no sabe que el análisis se instituyó distinguiéndose de la hipnosis? Porque el mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre I y a”^[xl] (entre el Ideal y el objeto a).

Ubica que si bien la transferencia:

“es lo que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esa vía, aísla el objeto a, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar. El analista debe abandonar esa idealización para servir de soporte al objeto a separador (...)

Ir más allá del plano de la identificación es posible. Todo aquel que haya vivido conmigo hasta el final la experiencia analítica, en el análisis didáctico, sabe que lo que digo es cierto. Después de la ubicación del sujeto respecto del a, la experiencia del fan-

tasma fundamental deviene la pulsión”^[xii].

Es allí donde Lacan se pregunta: “¿Cómo puede un sujeto que ha atravesado el fantasma radical vivir la pulsión?”^[xiii].

Lacan espera obtener respuestas de los testimonios de quienes al finalizar sus análisis han devenido analistas:

“No hay más que un psicoanálisis, el psicoanálisis didáctico -lo cual quiere decir un psicoanálisis que ha rizado este rizo hasta el final. El rizo (boucle) ha de ser recorrido varias veces. No hay, en efecto, manera alguna de dar cuenta del término *durcharbeiten*, la necesidad de la elaboración, a no ser concibiendo como el rizo, el bucle, debe ser recorrido más de una vez”^[xiv].

Aquí nos orienta acerca de cómo entender la enigmática reelaboración planteada por Freud a propósito de lo que se presentaba como irrupción pulsional en el trabajo del análisis: el *Agieren*, actuar en lugar de recordar.

Tal como lo hemos trabajado en *Bordear lo real*:

“Se trata de haber recorrido el bucle hasta el final, lo cual implica hacerlo varias veces. Recordemos que el doble bucle había sido situado en relación a la figura topológica del ocho interior, que abordaba la dimensión del objeto *a*. Es decir que, el lazo transferencial que se funda en la presencia del *a* en la transferencia se recorre hasta su final, que en el Seminario *El acto analítico* será postulado como su caída.

En el texto de Miller, *Partenaire - síntoma*, ubica la elaboración, la *Durcharbeitung*, en relación a una operación de reducción que el análisis produce a partir de la repetición. Se trata de una formalización cuyo resultado denomina rasgo:

“que permite, que presenta, e incluso que elabora la repetición”^[xlv]^[xvi].

Es decir que, la operación del análisis, que implica el efecto separador del objeto *a* con respecto al Ideal, apunta a producir en el recorrido de la reelaboración en transferencia, el rasgo de goce al que se reduce la identificación del sujeto.

Para poder ofrecer una respuesta a nivel conceptual, habrá que esperar a los *Seminarios 23 y 24*, donde surgirá una alternativa a la instituida por el posFreudismo (la identificación al analista). Lacan sorprenderá, una vez más, indicando la salida por la identificación al síntoma.

NOTAS

[1] Publicación parcial de avance de investigación para mi Tesis Doctoral titulada: “Hacerse un cuerpo de la huella. Represión primaria en análisis”.

[i] Freud, S. (1923 a). 49.

[ii] Idem, 31.

[iii] Idem.

[iv] Freud, S. (1914 c). 96.

[v] Freud, S. (1921). 99.

[vi] Idem.

[vii] Freud, S. (1923 a). 33.

[viii] Lacan, J. (1961-1962). Clase 15, 28/3/62, p. 197/8, Inédito y (1964). 264.

[ix] Freud, S. (1923 a). 33.

[x] Freud, S. (1923 a). 34.

[xi] Idem.

[xii] Idem, 31.

[xiii] Idem, 30.

[xiv] Freud, S. (1917 {1915}) 246/6.

[xv] Idem, 247

[xvi] Dal Maso, S. y otros (2013) y Encuentros, marcas: cicatrices..., S. Dal Maso, Inédito.

[xvii] Freud, S. (1900). 167/8.

[xviii] Freud, S. (1923 a). 32.

[xix] Idem.

[xx] Idem.

[xxi] Idem, 35.

[xxii] Idem, 36.

[xxiii] Idem, 36.

[xxiv] Idem, 37.

[xxv] Idem, 39.

[xxvi] Idem, 50.

[xxvii] Idem, 54.

[xxviii] Idem, 58.

[xxix] Freud, S. (1895), Cfr. Dal Maso, S., Preguntas sobre la melancolía y Encuentros, marcas: cicatrices... Inéditos.

[xxx] Freud, S. (1917 {1915}) 246.

[xxxi] Lacan, J. (1962-1963)

[xxxii] Freud, S. (1923 a). 58.

[xxxiii] Idem, 59.

[xxxiv]

[xxxv] Freud, S. (1923 a). 57.

[xxxvi] Freud, S. (1921). 121, nota al pie.

[xxxvii] Idem, 114/115.

[xxxviii] Idem.

[xxxix] Delgado, O. (2005). 225.

[xl] Lacan, J. (1964). 281.

[xli] Idem.

[xlii] Idem.

[xliii] Lacan, (1964). Clase 20.

[xliv] Miller, J-A. (2008). 345.

[xlv] Dal Maso, S. (2017). 551/2.

BIBLIOGRAFÍA

Dal Maso, S. *Bordear lo real*. JVE. Bs. As., 2017.

Delgado, O. Lo que cae fuera de la serie. En: *La subversión Freudiana y sus consecuencias*. JVE.2005.

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. Tomo XIV. *Obras Completas*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Tomo XVIII. O.C. A.E.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. Tomo XIX. O.C. A.E.

Freud, S.,(1917). *Duelo y melancolía*. Tomo XIV. O.C. A.E.



Freud, S. (1913). Tótem y tabú. Tomo XIII. O.C. A.E.

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. Tomo XXI. O.C. A.E.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. Tomo XVIII. O.C. A.E.

Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. Tomo XX. O.C. A.E.

Lacan, J. Seminario 11. Paidós.

Lacan, J. Seminario 23. Paidós.

Lacan, J. Seminario 24 (Inédito).

Miller, J-A. Partenaire - síntoma. Paidós.